

LA INDUSTRIA TEXTIL DEL VALLE DE ORIZABA Y SUS TRABAJADORES: FUENTES LOCALES PARA SU ESTUDIO

Aurora Gómez Galvarriato*
Bernardo García Díaz**

LA INDUSTRIA TEXTIL DEL VALLE DE ORIZABA

El lluvioso y estrecho valle de Orizaba se halla ubicado en la parte central del estado costero de Veracruz, en medio de las grandes montañas de la Sierra Madre Oriental. Surcado desde siempre por el río Blanco, que desciende presuroso en torrentosas caídas en su camino hacia el mar, y desde 1873 por el primer ferrocarril que correría entre México y el puerto de Veracruz, se convirtió, en el último cuarto del siglo XIX, en una de las concentraciones fabriles más importantes del incipiente mapa industrial de México. El corredor fabril de Orizaba entonces estuvo constituido por la cabecera del mismo nombre —que fue la primera ciudad veracruzana en contar con luz eléctrica—, y por los municipios industriales de Río Blanco, Nogales y Santa Rosa.

En el territorio de estas cuatro poblaciones se establecieron los talleres más grandes de la línea del Ferrocarril Mexicano, una cervecería fundada por alemanes —la Moctezuma— en 1896, varias manufacturas de puros y cigarros —El Moro Muza, El Progreso, La Violeta y La Mexicana—, grandes talleres de camisería como La Suiza y La Especial, además de varias negociaciones como molinos, fundidoras, curtidurías, tenerías, vinaterías y marmolerías. Sin embargo, sería la moderna manufactura de textiles la que le daría a la región su característica vocación industrial. Los husos y telares de algodón llegaron, a través del sistema de fábrica, muy temprano a Orizaba. Ya desde 1836, gracias sobre todo a Lucas Alamán, quien aquilató en todo su valer las corrientes de agua que surcaban el valle, se

*Maestra en Historia, Universidad de Harvard. Profesora del Instituto Tecnológico Autónomo de México.

**Maestro en Historia, Universidad Veracruzana. Investigador en la Universidad Veracruzana.

estableció la fábrica Cocolapam, entonces una de las industrias textiles más grandes del hemisferio,¹ y que con sus más de 11 000 husos representó en el momento de su fundación más de la mitad de los husos instalados en el país.

Este proceso viviría un nuevo auge en los últimos años del siglo XIX, cuando la Compañía Industrial de Orizaba S. A. (CIDOSA) inauguró en 1892 la fábrica Río Blanco, el ejemplo más destilado de la industria textil porfiriana.² Su instalación prácticamente duplicó la producción nacional. Pronto se le unió la Compañía Industrial Veracruzana S. A. (CIVSA) con su fábrica de Santa Rosa, que también era imponente por su dimensión, fuerza hidroeléctrica e integración técnica. Ambas, lo mismo que las otras fábricas —San Lorenzo (1881), Cerritos (1882) y Cocolapam (1838)—, que pasaron a formar parte de CIDOSA, fueron dotadas con la más moderna maquinaria textil de la época. La Casa Mather and Platt de Inglaterra y otras importantes firmas europeas surtirían de los últimos adelantos técnicos a estas factorías, movidas por energía eléctrica, sólo algunos años después de que en las plantas textiles de Estados Unidos se introdujeron los primeros motores eléctricos.³ Una idea de la dimensión de estas factorías nos la da la cantidad de maquinaria instalada. Así, por ejemplo, mientras la Santa Rosa utilizaba al entrar en pleno funcionamiento 1 400 telares y más de 40 000 husos, las anteriores textileras tenían en promedio 100 telares y 2 000 husos. Además, en el caso de las empresas de Orizaba había que agregar un número consistente de máquinas estampadoras, que constituían una novedad tecnológica en el país, produciendo telas de una calidad superior a la de la mayoría de las fábricas del país, que tejían básicamente manta. Las factorías de Orizaba cobraron fama de ser las más modernas de México al finalizar el siglo XIX. Se merecían esa reputación y la mantuvieron por un buen tiempo. Incluso después de que se abrió la fábrica de Metepec, otro gigante textil, y Atlixco experimentó una expansión notable de sus plantas, el valle veracruzano continuaría considerándose el principal centro textil regional.

Dado que la planta industrial del país no vivió una mayor expansión después de la caída del régimen de Porfirio Díaz, las fábricas textiles de Veracruz mantuvieron su preeminencia dentro del mapa industrial. Así, si en la tercera década del siglo XX el número de fábricas textiles del estado representaba 4% del total nacional, sus inversiones constituían casi la quinta parte del total nacional, y el valor de su producción más del 20%.⁴ Mientras tanto, el número de obreros empleados en la industria textil veracruzana representaba 17% del total nacional, de acuerdo con el censo industrial de 1930.

¹ John Womack, "Muchos Veracruces: revisión de la microhistoria reciente", *Revista Vuelta*, núm. 212, México, julio 1994, p. 28.

² Dawn Keremitsis, *La industria textil mexicana en el siglo XIX*, SEP, México, 1973, pp. 108-121 (Sepsetentas 119).

³ *Ibid.*, p. 102

⁴ Moisés T. de la Peña, *Veracruz económico*, Gobierno del Estado de Veracruz, México, 1940, vol. II, pp. 314-331.

Dentro del estado de Veracruz, esta industria orizabeña se concentró en siete fábricas: Cocolapam, San Lorenzo, Cerritos, Río Blanco, Santa Gertrudis, Santa Rosa y Mirafuentes. Fue sin duda, durante toda la primera mitad del siglo XX, una de las actividades capitalistas más consolidadas. Y a la concentración y magnitud de las compañías correspondió la concentración espacial de un proletariado de "avanzada", compactado por una clara conciencia de su comunidad de destino, por encima de sus originales diferencias sociales, culturales, étnicas y de calificación. Este sector constituyó uno de los núcleos precursores del moderno proletariado fabril de México, núcleo que gracias a su efervescencia permanente y a su notable nivel organizativo alcanzó durante varias décadas un protagonismo que desbordaría con mucho los límites regionales en que desarrolló sus actividades económicas. Además de la amplia repercusión que alcanzó su activismo este grupo textil desarrolló en el interior del valle orizabeño uno de los experimentos sociales de gobierno local más novedosos de la tercera y cuarta décadas, ya observado y ponderado por atentos personajes contemporáneos como el dirigente Vicente Lombardo Toledano y después por la estudiosa norteamericana Marjorie R. Clark.

Si por su concentración fabril se le llamaría a la región el "Manchester de México", por la temprana beligerancia de su gleba proletaria pasaría a la historia como la "cuna del movimiento obrero mexicano". Esta fama histórica proviene sobre todo de lo que en los libros de texto nacionales se conoce como la "huelga de Río Blanco", del 7 de enero de 1907.⁵ Este tumultuoso "hombrearse" con la muerte por parte de los obreros alzados, que terminó en el martirio, se convertiría andando el tiempo en la más memorable de las efemérides obreras del país y, junto con la huelga de Cananaea, las manifestaciones más clamorosas de las contradicciones sociales generadas por la modernización porfiriana.

Es sobre esos acontecimientos de 1907 y sus antecedentes más directos donde han concentrado su atención tanto los cronistas locales como la mayoría de los estudiosos nacionales y extranjeros que han mostrado interés en la historia contemporánea de la región. Tal pareciera que la historia se detuviera ahí y la clase obrera orizabeña no hubiera continuado existiendo, cuando en realidad pasó todo lo contrario. De hecho, son contados los autores que se ocuparían de examinar los acontecimientos posteriores a la fecha estelar mencionada.⁶ Además, la mayoría se asomaría a ellos sólo tangencialmente, como parte de una discusión más general sobre la "historia nacional de la clase obrera".

⁵ Sobre este tema véase, por ejemplo, Rodney Anderson, *Outcasts in their own land: Mexican industrial workers 1906-1911*, Delkab 111:1976 y Bernardo García Díaz, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz, México, SEP/FCE, 1981 (Sep-80s)*.

⁶ Entre las pocas excepciones se puede mencionar: Ana Laura Delgado R., "El sindicalismo de Santa Rosa y el movimiento obrero en Orizaba", tesis de maestría en Historia, Universidad Veracruzana, 1977; Manuel Reyna, *La CROM y la CSUM en la industria textil: 1928-1932*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1988; Enrique Rachenberg, "Orizaba, junio de 1923: la huelga olvidada en México", en *México entre dos revoluciones*, UNAM, México, 1989, y Bernardo García Díaz, *Textiles del valle de Orizaba: 1880-1925*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1990.

Más grave es el problema cuando de la historia laboral se pasa a la historia económica. Además de la importancia económica de las fábricas, mencionada anteriormente, su funcionamiento permanente, por un lapso cercano al siglo, nos ofrece un observatorio privilegiado sobre lo que fue la evolución de una de las principales industrias del país por el número de obreros ocupados. En efecto, las fábricas, desde el siglo XIX, salvo un prolongado periodo de crisis entre 1930 y 1932, mantendrían una regularidad singular en su funcionamiento. Incluso durante la década armada (1910-1920) serían contadas las semanas en que por falta de materias primas o de energéticos disminuyeran su ritmo. De hecho, las únicas situaciones en que las fábricas paralizarían totalmente sus actividades sería precisamente en ocasión de las huelgas.

Es una lástima que sean tan pocos los estudios realizados tanto sobre la principal industria orizabeña como sobre sus trabajadores. Y anotamos esto no sólo por la trascendencia histórica que tuvieron, sino porque igualmente se ha desperdiciado la riqueza documental que existe en el valle de Orizaba. En un país tan centralista como México, donde la concentración institucional de documentación histórica es una confirmación más de la macrocefalia que padece la nación, es una fortuna encontrar zonas como Orizaba, que ofrece tanta materia prima al investigador paciente y acucioso.

Esta riqueza es manifiesta en diferentes acervos tanto públicos como privados, según veremos más adelante. Dada la especial importancia de estos últimos —los archivos de las compañías—, nos detendremos en ellos de manera particular en la tercera parte de este trabajo. En cambio, en el siguiente apartado ofrecemos una rápida visión panorámica de otro tipo de fuentes no menos trascendentes, pero sí más conocidas y accesibles, de las que dispone Orizaba, así como de la riqueza potencial que ofrecen para quien se quiera acercar con nuevos ojos a la historia fabril de la zona.

ARCHIVOS MUNICIPALES Y SINDICALES

Comencemos por los fundamentales archivos municipales que, si bien se encuentran en diferentes estados de organización y de conservación, en su conjunto los cuatro existentes constituyen una considerable masa documental, especialmente para el siglo XX y la última parte del XIX, que es precisamente el periodo cuando se instalan las fábricas que están en el centro de nuestro interés. El principal archivo municipal es el de Orizaba, la antigua cabecera del distrito, que se encuentra en una hermosa casona con corredores y patio interior, a un costado de la colonial iglesia del Carmen. Este archivo fue organizado por el personal del Archivo General del Estado, e inaugurado en 1991 con el nombre de José María Naredo, antiguo historiador orizabeño.⁷ El núcleo principal de sus acervos está

⁷ Está abierto, para la comodidad del público, en un horario corrido desde las 9 de la mañana hasta las 8 de la noche —de lunes a viernes—, mientras que el sábado abre sólo medio día.

constituido por 1 322 cajas de madera y 912 de cartón, que corresponden en su mayor parte a los siglos XIX y XX, teniendo sólo unos cuantos legajos para periodos anteriores. Los principales fondos que contiene son los siguientes: Obras Públicas, Instrucción Pública, Policía Municipal, Policía del Estado, Aguas, Hacienda, Secretaría, Fomento, Alumbrado, Hospitales, Hospicios, Salubridad y Vacuna, Paseos, Diversiones y Festividades. Como se puede ver, ésta es una fuente esencial para la historia de los dos últimos siglos de la ex cabecera del cantón que, gracias a su adecuada organización y a la eficaz atención de su personal, permite una consulta ágil de sus materiales.

El siguiente archivo municipal, que también presenta buenas condiciones, es el de Ciudad Mendoza (antes Santa Rosa). Fue rescatado y organizado por el Instituto Veracruzano de Cultura en 1990 y aun cuando en dimensión es mucho menor, y más reciente que el de Orizaba, es bastante útil debido a que no presenta lagunas cronológicas importantes y cubre casi completamente todo el siglo de existencia de la población, que nace a partir de la fundación de su fábrica. Sus expedientes están agrupados en sección Presidencia (408 paquetes) y sección Tesorería (365 paquetes) y posee además 1 007 libros y libretas de Tesorería. Cuenta asimismo con índices que facilitan su consulta al igual que el de Orizaba.

El tercer archivo es el del antiguo municipio de Nogales, pueblo de importancia colonial por su ingenio azucarero, y con raíces prehispánicas. Este archivo cuenta con 1 010 cajas de cartón que en su mayor parte corresponden a los años que van de 1870 a 1989. Si bien el contenido cronológico de los legajos de cada caja corresponde a la fecha que en el lomo de ésta viene indicada, por desgracia no se encuentran en orden, y la forma en que están colocados dificultan su consulta. Aun así, el interés de las actuales autoridades permite prever que pronto serán colocadas las cajas en el orden correspondiente y en un lugar que facilite su consulta.

El último archivo en examinar es el de Río Blanco, el menos rico de todos, y el más recientemente semiorganizado. En realidad, dado que fue sede de la fábrica textil más grande del país, la dimensión de sus acervos municipales no se corresponde con la importancia histórica de la población. A pesar del número no muy amplio de documentos que sobreviven, la consulta de los mismos puede provocar sorpresas en los historiadores, dado que han sido poco trabajados.

Estos cuatro acervos municipales vienen enriquecidos con la existencia de los archivos de registro civil que posee cada uno de los ayuntamientos, con sus correspondientes libros de nacimientos y casamientos. El estudio de las variables demográficas puede llevarse a efecto, además, porque los libros de los acervos parroquiales se encuentran bien conservados y contienen información más antigua que los de las instituciones civiles.

En lo que respecta a los archivos sindicales, aquí sólo quisiéramos referirnos a los dos sindicatos más grandes, Río Blanco y Santa Rosa. Comencemos por el último.⁸ La manera en que son conservados la mayoría

⁸ Ubicado en la avenida Benito Juárez de Ciudad Mendoza.

de estos documentos —dentro de gavetas metálicas y folders clasificados— es un reflejo del alto grado organizativo que alcanzó el sindicalismo en la zona a lo largo de más de 70 años de existencia. Contiene documentos desde el momento mismo de la fundación de los sindicatos (1915) hasta los años más recientes. La variedad de éstos es amplísima y lo mismo existen actas de asamblea que correspondencia con compañías industriales, con otros sindicatos y con centrales nacionales y, desde luego, con los gobiernos estatal y federal. Además, se puede seguir en detalle cada uno de los departamentos —hilados, tejidos, acabados y talleres— y los diferentes problemas que tenían los comisionados sindicales en cada uno de éstos. También es posible examinar la relación que mantuvo el sindicato no sólo con el municipio sino con las distintas comisiones que se fundaron para promover la educación, los deportes y la música, etc. La continuidad cronológica de sus expedientes permite reconstruir la formación de las burocracias sindicales que se entronizaron en el poder a partir de los años treinta.

Un ejemplo de lo que puede obtenerse de un archivo similar es la tesis de Ana Laura Delgado, “El sindicato de Santa Rosa y el movimiento obrero de Orizaba”. Esta tesis, que hizo un uso exhaustivo de este archivo y en el cual se basa de manera fundamental para sostener sus argumentaciones, demuestra palmariamente, más que cualquier comentario, las múltiples posibilidades de su utilización. Además, ahí mismo se encuentra, aunque no del todo ordenado, lo que sobrevivió del archivo de la Cámara del Trabajo de Orizaba durante las dos primeras décadas de su existencia. En este mismo acervo se encontraba una colección completa del periódico *PRO-PARIA*, desde 1927 hasta los primeros años de la década pasada, cuando dejó de publicarse. Ahora estos volúmenes se encuentran en la biblioteca municipal Benito Juárez, ubicada a unos cuantos pasos del sindicato. Es pertinente señalar, sin embargo, que en el archivo de Santa Rosa, en este momento, existen dificultades para su visita, debido a un problema de carácter intergremial.

El archivo del sindicato de Río Blanco sería el reverso de la medalla. Saqueado impunemente desde hace muchos años, su importancia no se corresponde con el trascendental papel que jugó ese sindicato no sólo en la región, sino incluso en el ámbito nacional. Por fortuna, al menos para la segunda década y para los años veinte, el archivo de la Cámara del Trabajo puede sustituir de alguna manera la falta de materiales en Río Blanco. Al parecer, Río Blanco sufrió el hecho de ser un sindicato tan crucial en la historia del movimiento obrero mexicano y fue objeto del saqueo de investigadores o cronistas regionales pero, además de ello, problemas intergremiales contribuyeron también a la pérdida considerable de documentos, que redujeron notablemente el acervo original.

Además de los archivos mencionados, otra fuente fundamental es la memoria de los antiguos trabajadores textiles, que se cuentan por varios miles. Desde luego aquí se trata más bien de la construcción de archivos con proyectos de rescate oral que

podrían organizarse a partir de la generación obrera más antigua ahora existente, que correspondería a los nacidos en la segunda y tercera décadas de este siglo. Junto al invaluable testimonio oral, en muchas casas de trabajadores se encuentran verdaderos tesoros en los grupos de fotografías que innumerables familias poseen. Un buen ejemplo de la riqueza iconográfica que es posible localizar se encuentra en el libro gráfico *Santa Rosa y Río Blanco*,⁹ que si bien contiene fotografías de grandes colecciones nacionales, como la fototeca de Pachuca del INAH, no se hubiera podido organizar sin disponer de la gran cantidad de material gráfico que se recopiló en las casas de los jubilados textiles del valle fabril de Orizaba.

LOS ARCHIVOS EMPRESARIALES

La historia económica, tanto de los trabajadores como de las empresas y sus empresarios, ha sido muy poco desarrollada en México. Si bien en este país existe una importante tradición de historia de la clase obrera, ésta se concentró por muchos años en el estudio de los movimientos laborales. Más recientemente, la perspectiva de su estudio se ha ampliado y cada vez contamos con más y mejores estudios que nos hablan de cómo vivían los trabajadores, tanto en el trabajo mismo como en sus horas de asueto; su familia, sus orígenes geográficos y sociales, la cultura que los conformaba y que producían, sus deseos y preocupaciones.¹⁰ Sin embargo, aún son muy escasos los estudios que nos den información cuantitativa sobre la evolución de los salarios reales y la productividad del trabajo en periodos largos de tiempo y desde una perspectiva histórica.

La historia económica de las empresas se halla muy poco desarrollada en México pese a la enorme importancia de esos estudios para comprender mejor los procesos de industrialización y de desarrollo, sus éxitos y sus debilidades. Ante los grandes problemas que enfrenta la estructura industrial del país, su falta de competitividad a nivel internacional y los grandes debates que existen en torno a la política que debe seguir el gobierno hacia la industria nacional, resulta indispensable entender cómo se fue formando esta industria, cuáles fueron sus niveles de competitividad y de rentabilidad a lo largo del tiempo y cómo fue afectado su desarrollo por las distintas políticas gubernamentales.¹¹

⁹ Bernardo García Díaz, *Veracruz: imágenes de su historia. Santa Rosa y Río Blanco*, Archivo General del Estado de Veracruz, México, 1992.

¹⁰ Ejemplos de este tipo de estudios son: Mario Trujillo Bolio, "Operarios fabriles en el Valle de México 1864-1880. Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera", tesis doctoral, El Colegio de México, 1995; Leticia Gamboa Ojeda, "Les ouvriers du textile de Puebla (Le cas d'Atlixco: 1899-1924)", tesis del doctorado de Historia Social, Universidad de París, VIII, 1993, y los libros de Bernardo García Díaz, ya citados.

¹¹ Un importante precursor de este estudio es Stephen Haber en su libro *Industrialización y subdesarrollo: la industrialización de México 1890-1940*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1992, así como en sus distintos artículos. Véase también, Aurora Gómez Galvarriato, "El primer impulso industrializador de México: el caso de Fundidora Monterrey", tesis, ITAM, 1990.

Las serias limitaciones que ha presentado el desarrollo y el desempeño de la industria nacional han generado una serie de explicaciones del fracaso, que se traducen simplemente en la búsqueda del culpable —el gobierno, los sindicatos, la falta de capacidad empresarial, los países ricos. Es necesario salir de este reducido esquema y, por medio de datos comparables y comprobables, hacer estudios que nos permitan entender mejor los problemas que ha enfrentado la industria, desmitificando de este modo a los supuestos “culpables”.

El estudio histórico de los empresarios, tal y como el de los trabajadores, ha sido enfocado más desde una perspectiva social que económica. Sin embargo, empiezan a darse importantes esfuerzos que procuran conjuntar ambas perspectivas.¹² El enorme potencial que presenta la historia de los empresarios y de la estructura organizacional que éstos fueron generando para sus empresas ha sido abierto a nuestros ojos por el trabajo que ha desarrollado Alfred Chandler para Estados Unidos.¹³ En sus investigaciones, Chandler encuentra la clave para que Estados Unidos superara económicamente a Inglaterra en la estructura organizacional de las empresas estadounidenses, y particularmente en el paso de la empresa familiar a la gran corporación. Chandler documenta en el estudio de empresarios y empresas particulares cómo se dio este paso y cuáles fueron los factores que lo hicieron posible. Entender la evolución de la estructura organizacional de las empresas en México, en las que muchas veces parece que el constituirse en grandes corporaciones no las hace dejar de ser empresas fundamentalmente familiares, resulta, desde la perspectiva generada por Chandler, crucial para entender el atraso relativo de nuestra industria.

Existen importantes fuentes gubernamentales para hacer la historia económica de trabajadores, empresas y empresarios. En el *Boletín* que publicó la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria durante el porfiriato encontramos diversos artículos y encuestas de los que sin duda podemos extraer información sumamente valiosa. El Fondo del Departamento del Trabajo, que va desde 1912 hasta los años treinta y que se encuentra en el Archivo General de la Nación, proporciona también una invaluable fuente para el estudio no sólo de los trabajadores sino de las empresas. Para los años veinte el *Boletín de Industrias* de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, y la revista *Industria y Comercio*, de la misma secretaría, contienen valiosa información. Para este periodo, es importante consultar también la revista

¹² Véase por ejemplo: Leticia Gamboa, *Los empresarios de ayer. El grupo dominante en la industria textil de Puebla 1906-1929*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985; Leticia Gamboa y Rosalinda Estrada, *Empresas y empresarios textiles de Puebla*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1986 (Cuadernos de Historia Contemporánea), y David W. Walker, *Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México 1823-1867*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1991.

¹³ Sus principales obras son: Alfred D. Chandler Jr., *The visible hand. The managerial revolution in american business*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1977, y Alfred D. Chandler Jr., *Scale and scope. The dynamics of industrial capitalism*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1990. No existen aún traducciones de estas obras al español.

Estadística Nacional, órgano del Departamento de la Estadística Nacional. La serie de estudios sobre industrias específicas que realizaron en los treinta y cuarenta el Departamento de Economía y el Banco de México, constituyen documentos fundamentales para este tipo de análisis.

Las distintas publicaciones periódicas dirigidas a empresarios, que se han publicado en México en distintos periodos, son igualmente una fuente muy rica de información. Para el porfiriato, tenemos la famosa revista *El Economista Mexicano* y el *Boletín Minero y Financiero*. Nuevas versiones de estas revistas surgieron cuando volvió la estabilidad política en los años veinte, con *México Industrial* y *El Comercio*, órganos de la Confederación de Cámaras Industriales y de la Cámara Nacional de Comercio e Industria de la ciudad de México, respectivamente, y las revistas *El Economista* y *Revista Mexicana de Economía*. En los treinta surgió *El Trimestre Económico*, publicación en la que podemos encontrar trabajos que discuten las causas y posibles salidas a los problemas económicos que enfrentaba el país. Años más tarde, encontramos los importantes estudios publicados en la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*.

Finalmente, contamos con los informes que hacían los gobiernos extranjeros en México por medio de sus consulados para informar a sus compatriotas sobre las posibilidades de inversión en nuestro país. Entre los más destacados están los que hacían los cónsules británicos y que podemos encontrar en los documentos del Parlamento, cuyos microfilmes se encuentran en varias bibliotecas estadounidenses. Existen también los informes de los cónsules estadounidenses en distintas ciudades mexicanas, que hallamos en los llamados Consular Reports o Agent Series, localizados en las más importantes bibliotecas de Estados Unidos.

A pesar de su enorme riqueza, todas estas fuentes presentan el mismo problema para el historiador económico: muestran datos aislados para periodos de tiempo muy reducidos, que nos impiden hacer estudios de larga duración. Las fuentes gubernamentales son truncadas con la revolución. En ellas no solamente encontramos un hueco insalvable en la década revolucionaria, sino también, en gran medida, durante la década de los veinte. Las estadísticas gubernamentales vuelven a tener continuidad y solidez solamente a partir de los treinta, y sus productos son difícilmente comparables con aquellos del porfiriato. Los artículos de revistas y de estudios extranjeros y nacionales se refieren a problemas concretos en periodos específicos, por lo que a pesar de su riqueza nos dejan con grandes huecos de información cuando queremos hacer un estudio de largo plazo.

Afortunadamente contamos con una fuente maravillosa, a partir de la cual podemos generar series largas y continuas de datos, incluso durante el periodo revolucionario. Esta fuente está en los documentos guardados en los archivos de las empresas mismas. Debido a que muchas de las empresas más importantes de México, incluso hasta mediados del siglo XX, nacieron a fines del siglo XIX y gozaron de una gran continuidad y estabilidad, sus archivos son invaluable para el estudio de la historia económica nacional. Esto es especialmente cierto cuando se trata de

la industria textil, pues la mayor parte de las fábricas textiles que operaban en nuestro país, incluso hasta hace una década, nacieron en el siglo XIX o en la primera década del siguiente.

La importancia de los archivos empresariales en México y América Latina es mucho más grande que la que pudieran tener este tipo de archivos en Estado Unidos. Ya que si bien en aquel país los archivos de empresas son muy valorados y se han hecho grandes esfuerzos por preservarlos y organizarlos,¹⁴ allá significan una fuente más dentro de las múltiples piezas que existen para armar la historia económica de ese país. Su continuidad política y su riqueza han facilitado que su gobierno haya generado series continuas y confiables que comienzan desde la década de 1840. En México, en cambio, y seguramente también en otros países latinoamericanos, los archivos empresariales resultan muchas veces la única fuente de datos continuos y comparables para periodos en los que el gobierno no produjo estadísticas.

En los archivos de las empresas encontramos así una fuente sumamente rica y muy poco explorada para el estudio histórico. Los archivos de fábricas son un recurso inagotable tanto para la historia social como para la historia económica de las empresas, sus empresarios y sus trabajadores. Desafortunadamente, no todas las fábricas añejas han guardado sus archivos. Los cambios de propietario y simplemente la falta de espacio hace que por lo regular, una vez cada tanto, tiren los papeles viejos, que resultan inútiles para la contabilidad de la empresa y que el fisco ya no requiere. En estas dos últimas décadas de crisis y cambio estructural, muchas de las negociaciones textiles que operaban desde el siglo pasado han cerrado sus puertas, y con ellas se ha perdido el paradero de sus papeles. Esto es especialmente cierto para el caso de Puebla y del Distrito Federal, regiones en las que hasta el momento no se ha encontrado un buen archivo de fábrica. Esto no quiere decir que necesariamente no existan, sino que quizá hace falta seguirlos buscando.

El caso de la industria textil del valle de Orizaba es excepcional en este sentido. Muchas de las antiguas fábricas de esta región siguen funcionando hoy en día. Tal vez porque ya desde fines del siglo XIX eran las más grandes y modernas han podido resistir, no sin problemas, los embates de la competencia extranjera. En los archivos de la Compañía Industrial de Orizaba (CIDOSA)¹⁵ y de la Compañía Industrial Veracruzana (CIVSA) podemos encontrar prácticamente completos los libros contables que llevaban desde fines del siglo pasado, cuando fueron creadas, así como muy buenas colecciones de cartas.

¹⁴ La Biblioteca Baker, de la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard, ha desarrollado un gran proyecto para la preservación de archivos empresariales. No solamente ha adquirido muchos de ellos, que guarda en la biblioteca, sino que ha generado un sistema por medio del cual ayuda a las empresas a conservar y ordenar los documentos dentro de las empresas mismas. La escuela de negocios de Harvard patrocina también una revista llamada *Business History Review*, que publica artículos sobre historia empresarial.

¹⁵ El archivo de CIDOSA se encuentra en la fábrica de Río Blanco en Río Blanco, Veracruz. CIDOSA ha cambiado su nombre por Industrias Pino de Orizaba S. A. de C. V. El archivo de CIVSA está en la fábrica de Santa Rosa en Ciudad Mendoza, Veracruz.

A la riqueza de los archivos empresariales se contraponen la dificultad de su estudio. Sin embargo, lo valioso de sus papeles para la historia económica y social hace que valga la pena realizar grandes esfuerzos para extraer la información que nos brindan. Debido a que dichos documentos son propiedad de la empresa, es necesario empezar por convencer a sus dueños de que permitan el acceso a ellos, lo cual muchas veces no resulta sencillo. Es comprensible que los empresarios tengan una cierta desconfianza respecto al uso que se puede dar a la información de sus archivos. Generalmente las únicas personas que solicitan ver sus archivos (claro que los recientes) son los auditores de Hacienda que vienen a hacerles las tan temidas auditorías fiscales. Es necesario convencerlos de que el trabajo que pretendemos realizar es histórico y de que no concebimos a los empresarios como a los ogros de la historia. En la medida en que los empresarios vayan dando facilidades para que se haga la historia de sus empresas y de sus antiguos congéneres, ellos mismos irán permitiendo que el papel histórico del empresariado mexicano vaya siendo puesto en su verdadera dimensión, lo cual incluirá en muchos casos una reivindicación del mismo.

Llamar archivos al conjunto de documentos que vemos en las fábricas viejas es de alguna manera inapropiado, pues en general consisten de una multiplicidad de cajas y libros sueltos, depositados en el lugar más recóndito posible. Gracias a que el espacio que ocupan no es importante para el funcionamiento de la empresa, dichos archivos siguen ahí, por lo mismo es en general un lugar poco adecuado para el investigador que desea consultarlos. Cuando deseamos trabajar con archivos empresariales, la mayor parte de las veces es necesario comenzar por ordenarlos, labor que puede tomar mucho tiempo. En la medida en que tanto las empresas mismas como las universidades y los archivos nacionales, estatales y municipales vayan cobrando conciencia de la importancia de este tipo de archivos y cooperen para su preservación y ordenamiento, esta tarea irá resultando más sencilla. Para el caso de CIVSA y CIDOSA, parte de este esfuerzo ha sido ya emprendido. Es un trabajo que se va acumulando y que hará que el estudio de tales archivos sea cada vez más factible.¹⁶ Las dificultades no terminan una vez que logramos el acceso a la fábrica y contamos con documentos más o menos ordenados, pues hay que ser capaces de extraerles su riqueza. A este respecto enfocaremos lo siguiente del artículo, pues consideramos que es lo que más podemos aportar al investigador que decida incursionar en este tipo de archivos.

La mayor parte de los documentos que hallaremos en una fábrica son sus libros de contabilidad, en particular aquellos que el fisco les obligaba a llevar y guardar

¹⁶ El archivo de CIDOSA fue ordenado por sus anteriores dueños, los señores Del Valle, con el apoyo del Archivo General de la Nación, y aunque sigue estando en un sótano oscuro y húmedo, dichos papeles están en cajas clasificadas (alrededor de 500). El archivo de CIVSA, que a principios de año era una montaña de papeles, ya se encuentra ordenado gracias al apoyo tanto de los dueños, administradores y trabajadores de la fábrica como del Conacyt y el Social Science Research Council, que le otorgaron una beca a Aurora Gómez para poder realizar este trabajo.

por algunos años. Dado que el lenguaje en el que está presentada la información es de carácter contable, resulta importante obtener algunas nociones básicas de esa disciplina antes de incursionar en los documentos. Afortunadamente, durante el último siglo la contabilidad ha mantenido sus principios nodales prácticamente inalterados. Esto hace factible que con conocimientos de contabilidad moderna podamos entender la mayor parte de las operaciones. Sin embargo, algunos términos y formas de llevar los libros han variado con el tiempo, por lo que es importante guiarse con manuales de contabilidad del periodo que investigamos, de modo que podamos comprender mejor las fuentes. Existen muchos de ellos que con mayor o menor profundidad tratan los mismos puntos.¹⁷

Los libros de contabilidad se podían llevar por dos métodos, el de *partida sencilla* y el de *partida doble*. En el primer método se indica solamente la persona que debe o aquella a quien se debe, mientras que en el segundo método se indica tanto la persona o la cuenta que debe o recibe como la persona que da o entrega. El método de partida doble era ya muy difundido a fines del siglo XIX y era el que llevaban todas las negociaciones de importancia, incluidas las empresas CIVSA y CIDOSA.

En el método de partida doble observamos dos columnas, la columna del lado izquierdo se refiere al *debe* y la del lado derecho al *haber*. Una operación se anota en el *debe* cuando la empresa recibe algún bien o servicio, en este caso la cuenta es cargada. Cuando la empresa otorga algún bien o servicio la cuenta debe ser abonada, y en este caso la operación se anota en el lado del *haber*. En los balances generales, en el *debe* encontramos el *pasivo* de la empresa y su *capital contable*, es decir las fuentes por medio de las cuales la compañía obtuvo sus recursos —sus deudas y el capital proporcionado por los accionistas— así como las ganancias producidas en el periodo al que se refiere el balance. En el *haber* encontramos el *activo*, esto es los recursos que forman la empresa, como edificios, maquinaria, etc.¹⁸ Entendiendo esos principios básicos podemos adentrarnos en la información que ofrecen los libros de contabilidad de las empresas.

Los libros que todo comerciante al por mayor debía llevar a principios de siglo eran: 1) el libro de diario; 2) el libro mayor; 3) el libro de inventarios, y 4) el copiador de cartas.

Las sociedades mercantiles llevaban además un libro de actas, tanto de las asambleas generales de accionistas como de las juntas del consejo de administración.

La ley prescribía que dichos libros estuvieran encuadernados, forrados, foliados, rubricados y timbrados conforme a las prescripciones de la ley.¹⁹ Como histo-

¹⁷ Para el desarrollo de este trabajo nos hemos basado en G. M. Bruño, *Curso elemental de teneduría de libros*, Librería de la Vda de Ch. Bouret, México, 1909.

¹⁸ Earl A. Spiller, et al., *Contabilidad financiera*, McGraw Hill, México, 4a ed., 1988.

¹⁹ Bruño, *Curso elemental*, op.cit.

riadores debemos agradecer este requisito, pues gracias a él dichos libros se encuentran, por lo general, muy bien preservados.

Además, las empresas llevaban libros auxiliares, los más comunes de éstos eran: 1) el borrador o memorial; 2) el libro de caja; 3) el de almacén; 4) el de ventas; 5) el talonario de facturas; 6) el libro de vales u obligaciones, y 7) el libro de vencimientos.

En el archivo de CIVSA, que es el que conocemos mejor hasta este momento, existen las series completas de todos estos libros desde 1896, fecha en que fue constituida la empresa, o desde 1898, año en que comenzó a trabajar.²⁰ En el archivo de Santa Rosa encontramos también algunos otros libros como el de deudores diversos, de balances de comprobación y balances generales y los libros referentes a las compras de algodón. Otra colección sumamente importante son las listas de raya semanales de los trabajadores de la compañía.

¿Qué son estos libros y qué podemos encontrar en ellos?

En el libro de borrador van asentándose día por día todas las operaciones del comerciante relativas a su giro, todas las mercancías que se compran y venden, el dinero que se recibe o entrega, los documentos que se pagan y todos los gastos; se anota la fecha, la operación de la que se trata, el nombre y domicilio de la persona con quien se hace el negocio, el modo como se efectúa el pago, la cantidad y la especie de mercancías con el precio respectivo y la suma total de la operación.

Todas las operaciones que se anotan en el borrador se pasan al libro de diario, por lo que en realidad es más conveniente utilizar este último libro, y referirse al borrador sólo cuando falta un volumen del diario o cuando subsiste una duda sobre cierta operación. En el libro de diario se anotan además el inventario que hace la empresa al empezar sus negocios y, de forma resumida, las cuentas que se llevan en el libro de caja.

Las operaciones anotadas en el libro de diario se pasan después al libro mayor. Mientras que en el libro de diario las operaciones están anotadas cronológicamente, en el libro mayor se anotan por tipo de cuenta. Cada cuenta de mayor se divide en dos partes, la página izquierda es el *debe* y la derecha el *haber*. El nombre del titular de la cuenta se escribe a la cabeza del folio. En estas cuentas se escribe la fecha de la operación, el nombre de la cuenta deudora o acreedora, el número de asiento en el libro de diario y la cantidad de la que trata la operación. En los libros de mayor encontramos varias cuentas generales como son las de capital, caja, mercancías generales, muebles y enseres, obligaciones o vales por cobrar, obligaciones o vales por pagar y pérdidas y ganancias. Además, encontramos varias cuentas particulares a cada empresa, una por cada uno de sus principales clientes y proveedores; en ellas se anota el nombre y apellido de las personas y su residencia. Cuando queremos conocer qué es lo que fue sucediendo en la empresa respecto de un rubro determinado, por

²⁰ El archivo de Río Blanco promete ser más rico aún, cuenta con aproximadamente 500 cajas de cartón.

ejemplo su maquinaria, sus compras de algodón o sus adeudos con bancos, es mucho más práctico referirnos al libro de mayor que al de diario.

En el libro de caja se anotan todas las sumas que se reciben o pagan. En este libro se anotan en el *debe* las entradas de dinero y en el *haber* las salidas, anotando los motivos por los que entró o salió dinero. Este libro es útil para conocer los gastos que realiza la empresa semana a semana. En él observamos, por ejemplo, los montos de rayas totales que paga la empresa así como prácticamente todos los otros gastos.

El libro de almacén sirve para inscribir las mercancías que entran (del lado izquierdo) y las que salen (del lado derecho) de las operaciones al por mayor que se realizan. Aquí encontramos los gastos que realiza la empresa en materias primas, los proveedores de donde las obtiene y su ubicación geográfica, así como las ventas que realiza y a quién las realiza. Este último punto es más explícito en los libros de ventas, así como en los de deudores diversos. En el libro de ventas se apuntan diariamente las ventas que realiza la empresa tanto al por menor como al por mayor, y en el de deudores diversos las cuentas que lleva la empresa con sus principales clientes.

Para conocer el tipo de maquinaria y equipo con que contaban las empresas, el valor del mismo y las inversiones que van realizando año con año, podemos consultar los libros de inventarios. En ellos el comerciante está obligado a anotar año con año la relación detallada de los bienes, créditos y valores que forman su *activo*.

El balance general es una relación del *activo* de la empresa, su *pasivo* y la diferencia entre ambos, que es el *capital líquido* o *capital contable*. En los balances generales, se establecen las ganancias de la empresa en el año transcurrido, así como los usos que dará a las mismas, cuánto reinvertirá, cuánto guardará como reserva y cuánto pagará como dividendos a sus accionistas. Las negociaciones estaban obligadas a hacer un balance general al fin de cada año comercial, así como en el caso de quiebra o disolución de la sociedad. Los balances generales nos proporcionan la información necesaria para conocer la salud de las empresas a lo largo del tiempo, calculando su valor presente neto y su tasa de rendimiento. Estos datos nos dicen qué tan buen negocio fue la empresa estudiada a través de los años.

Las cuentas de raya estarán generalmente en folios semanales en que encontraremos los nombres de los obreros y obreras por departamento, su salario semanal, las deducciones por multas que muchas veces se les hacían, así como lo que se les deducía de su salario por renta de los cuartos que les ofrecía la empresa y en la tienda de raya (esto último para la época porfiriana). Para algunos departamentos, como el de tejidos, veremos también cuántos telares manejaba cada uno. Estos documentos, como se puede ver, ofrecen un enorme potencial para investigaciones de historia social y económica de los trabajadores y trabajadoras.

Así por ejemplo, leyendo las nóminas con una óptica de historia social y no sólo para medir el ingreso, uno puede encontrar información sobre aspectos tan distintos como la movilidad laboral o los choques entre los hábitos de trabajo

preindustrial y las nuevas formas de disciplina fabril. En efecto, si uno compara los nombres que aparecen en las listas de trabajadores para diferentes años, uno puede medir el extremo grado de rotación que tenían los trabajadores a principios del siglo XX, pero al mismo tiempo observar el proceso de sedentarización de un pequeño núcleo de trabajadores que va engrosando su número, y que es el que de alguna manera contribuirá a darle continuidad al movimiento obrero. Por lo que se refiere a las numerosas multas que se aplican en los inicios del trabajo fabril, éstas no sólo son una evidencia de los sistemáticos intentos disciplinadores de la administración empresarial, también constituyen un elocuente testimonio de las grandes dificultades de los recién llegados al sistema fabril para adaptarse a ritmos y modos de trabajo bastante novedosos y extraños para ellos.

Finalmente, en los archivos empresariales hallamos también documentos que van más allá de proveer datos cuantitativos. Ejemplo de ello son las numerosas cartas de los llamados libros copiadores, en los cuales se copiaba por un proceso químico la correspondencia relativa al comercio y las cuentas que el comerciante pasaba a sus deudores. Además, gracias a que los comerciantes tenían obligación de conservar en legajos y en buen orden todos los telegramas y cartas que escribían en relación con sus negocios, es posible encontrar grandes colecciones de cartas originales en estos archivos.

De tales cartas son especialmente interesantes las que dirigían los gerentes de las fábricas al consejo de administración, formado por los principales accionistas, que en el caso de las empresas de nuestra investigación residían en la ciudad de México. Por medio de estas cartas podemos enterarnos de los principales problemas que enfrentaban las empresas, así como las decisiones que se tomaban para su solución. Asimismo, nos podemos dar cuenta de cómo se llevaba la administración de las empresas y del poder relativo que ejercían las distintas partes dentro del manejo de las negociaciones. Dentro de esta correspondencia, la más interesante es la marcada en su margen superior como "Privada". La correspondencia de las fábricas con el gobierno, con los sindicatos, con sus socios y proveedores extranjeros y con otras fábricas del ramo resulta también de un gran interés.

Cuando la empresa que estudiamos es una sociedad anónima, podemos encontrar dos tipos de libros sumamente importantes para su estudio: las actas de sus asambleas generales y sus actas del consejo. En una sociedad anónima los socios accionistas eligen cada año un consejo de administración, que es el que administrará la empresa a lo largo de ese periodo. Este consejo nombrará al director general (o gerente general) de la empresa, así como a todos los empleados con cargos de mando, quienes en última instancia le responden al consejo. Si bien las decisiones cotidianas menores las toma el director general (o gerente general), prácticamente todas las decisiones de importancia las toma el consejo, que por lo general se reúne una vez a la semana. Algunas decisiones que involucran un cambio en la naturaleza misma de la empresa solamente pueden llevarse a cabo con el voto de la mayoría de los accionistas emitido en asambleas generales anuales o extraordinarias.

Las actas de las asambleas generales son aquellas que se hacen al juntarse año con año todos los accionistas. En ellas, los miembros del consejo informan sobre el desempeño de la empresa en el año que transcurrió, los principales problemas y los principales logros, así como sobre los caminos que pretenden seguir en el año por venir. Dado que las decisiones más importantes de la empresa requieren del voto de la mayoría de los accionistas, este tipo de decisiones es relatado en dichas actas. En ellas se presenta además un resumen del balance general y las votaciones para elegir a los miembros del consejo del periodo siguiente, así como a un socio que revisará los libros que presente el consejo para verificar si son confiables, y a quien suele llamarse comisario. En estos libros encontramos, en su inicio, el acta por medio de la cual se constituye la empresa.

Las actas del consejo son producto de las reuniones semanales del consejo de administración. Estos documentos son la principal fuente de información para ir entendiendo el devenir de la empresa, las preocupaciones de los empresarios y las decisiones que van tomando semana con semana. Es en estos documentos donde encontramos los principales "chismes" por los que podemos generar la historia de la compañía. Los datos que estas actas presentan nos dan las pistas para buscar explicaciones más profundas en la correspondencia de la compañía. Todas las decisiones importantes, y aun muchas muy poco importantes, están relatadas en las actas del consejo. En realidad, cuando queremos estudiar la historia de una empresa, es recomendable empezar por leer tanto las actas del consejo como las actas generales.

Cabe hacernos la pregunta de qué tan confiables son los datos que presentan las empresas en sus libros contables. Podemos bien pensar, que las empresas podrían tener incentivos para falsear la información inscrita en ellos y así reducir su pago de impuestos. Hacerlo podría haber resultado tentador, de hecho en algunas cartas entre el consejo de administración y el gerente general de Río Blanco hemos reconocido una discusión sobre qué datos debían informar al gobierno respecto del valor de sus terrenos y edificios, argumentando que tal vez había que subreportarlos.²¹ Sin embargo, es poco probable que hicieran este tipo de artimañas en sus libros contables en general. Los libros contables son la información básica por medio de la cual los empresarios conocen el desempeño de su empresa y toman las decisiones pertinentes. Falsear esta información los dejaría sin brújula. Además, debido a que eran sociedades por acciones, falsear su información hubiera significado mostrar datos falsos a sus socios accionistas. El nombramiento de un socio comisario, diferente al consejo, que revisara los datos que éste proporcionaba, era justamente para prevenir este problema. Esta persona muchas veces remitía los libros de la empresa a un auditor externo para su verificación.

Finalmente, debido a que contamos con correspondencia privada de la empresa, sería muy probable que ahí ubicáramos indicios sobre el posible falseamiento de los libros, y no lo hemos encontrado. Como dato adicional, podemos suponer que,

²¹ Archivo de Río Blanco. Correspondencia Río Blanco-Consejo en México, 26 de junio de 1916, y Consejo en México-Río Blanco, 28 de junio de 1916.

debido a que el impuesto sobre la renta apareció hasta los años treinta y a que los métodos de recaudación del gobierno incluso entonces no eran muy sofisticados, en realidad los incentivos para falsear los datos eran mucho menores a los que podrían tener las empresas en la actualidad. En cualquier caso, los datos que observamos en estos libros son mucho más confiables que los que proporciona el gobierno, dado que éstos sí se basan en la información que las empresas le reportan.

Esperamos haberlos convencido en estas páginas de que en los archivos municipales, sindicales y empresariales del valle de Orizaba existe mucha tela de dónde cortar para construir la historia de sus fábricas textiles, sus empresarios y sus trabajadores. La riqueza de las fuentes nos proporciona una sólida urdimbre a la cual hace falta entretejer la trama para generar una historia cuyo tejido sea tan fino, apretado y resistente como el de las mejores telas producidas en la región.

